

Angel Cruchaga Santa María

## Una noche



PARA ti más allá del andrajo y del cielo.  
Para tu sombra débil que persigue a tu  
[muerte.

Que te bendiga el árbol con su lento per-  
[fume

y el sol sea más puro al caer en tus hombros.

Canto a tu miseria, santifico tu herida;  
palabra del amor que se envuelve de llamas;  
gesto en que el odio prende telarañas y mundos.

Te canto a ti, doncella que nunca tuvo novio.

¡Ah! para ti sube mi grito como un ángel  
en un azoramiento imprevisto de pájaros.

¡Ah! para ti pobre niña de ojos azules,  
que miras el futuro en el haz de tus lágrimas.

Para ti más allá del eco del naufragio  
sollozarán las islas resonantes del ámbar.

¡Ah! no conocerás las luces de la fiesta,  
el oro del anillo, ni la llaga del beso.

¡Cómo hacerte una luna leve para ti sola,  
un camino de espumas para tus pies sin alas!

¡Cómo crear un cielo para tus manos tristes,  
para tu boca un cielo dormido en una esencia!  
Pero la noche empapa su esponja en el suburbio  
y borra lentamente los últimos espejos.  
Viene la noche a tientas como se acerca el hambre.  
Viene la noche en la fragancia de los juncos.  
Viene la noche en los ojos que se lastiman...  
El niño se quedó tranquilo en su corola  
y el llanto en un collar se adormeció en su pecho.

II

Vamos a la ciudad que no tiene esperanza.  
Vamos al corazón que se viste de muerte.  
Vamos al huracán que derriba al mendigo.  
Vamos a la resaca donde el puñal despunta.  
Vamos a la taberna de ahumados cristales  
donde se fragua el crimen y se maldice el orbe.  
Donde todo es cansancio, soledad y alarido.  
Vamos al lamento largo de la miseria...

. . . . .

No cantan las trompetas; no aparece el arcángel  
ni se agitan los mundos atónitos en marcha.  
¡Llueve para los pobres, llueve para los pobres!...  
¡Qué noble es el vestido que da el agua al desnudo!  
¿Y qué hacen en la noche los árboles que envuelven  
al miserable en la túnica de su sombra?

¿Se ha dormido la acacia fragante y el espino  
donde el mendigo halló un poco de su cielo?  
¿Pero las rosas temen que los andrajos turben  
el diáfano silencio de su fina elegancia?  
¿Y saben los jazmines que los menesterosos  
lloran porque el hambre los perfuma al morir?  
Ya se durmió la niña esbelta y en el sueño  
se ha sumergido el aro azul de su cintura.  
Ahora va de viaje por mares de Oceanía  
en un doliente barco con remos de zafiro.  
¡Ahora va de viaje! ¡Que no regrese nunca  
a la trémula orilla donde viven sus ojos!...